

Enhorabuena, Sr. Bush, pero...
ANTONIO GARRIGUES WALKER
Jurista

En la última reunión, hace pocos días, de la Comisión Trilateral en Praga (una reunión en la que Ana Palacio presentó con especial eficacia la posición española) el tema central fue el de las relaciones, las malas relaciones, entre Europa y los EE.UU. El debate entre Richard Perle, presidente del US Policy Defense Board, y Christopher Patten, miembro de la Comisión Europea, fue especialmente franco y duro y por ello especialmente interesante e instructivo. Allí se presentaron las dos posiciones atlánticas sin tapujos ni ambigüedades y como era de esperar no se llegó a ningún acuerdo concreto ni a ninguna conclusión definitiva. En lo que todo el mundo pareció coincidir fue en la importancia que iban a tener las elecciones legislativas que se celebraron ayer en los EE.UU. Nadie se atrevió a hacer predicciones (salvo la de que el resultado sería muy justo) pero también hubo consenso en el análisis siguiente: Si el partido demócrata recorta la diferencia en el Congreso, si confirma su mayoría en el Senado y si logra algunos gobernadores claves, la política exterior americana -y así mismo la económica- sufrirán cambios importantes y el presidente Bush, en concreto, tendría que dar marcha atrás en sus tendencias unilateralistas tanto en el orden nacional como en el internacional. Si por el contrario, y eso es lo que ha sucedido, los republicanos mantienen o aumentan su mayoría en el Congreso, ganan la mayoría en el Senado, y refuerzan el número de gobernadores, el poder del presidente Bush será un poder prácticamente absoluto en todos los órdenes.

Las cosas han quedado muy claras. El arrollador triunfo republicano nos obliga a los europeos a pensar y repensar con gran seriedad y cuidado, con la mejor finura, en nuestro papel en el mundo. El ataque terrorista del 11 de Septiembre hizo pensar a muchos analistas que América se daría cuenta de su vulnerabilidad y debilidad frente a ciertos fenómenos y buscaría el mantenimiento de amplias coaliciones políticas con todos aquellos países, más o menos afines, que pudieran ayudarles en la búsqueda de soluciones. Pero no fue así. Fue justamente lo contrario. Lo que se puso en marcha fue un americanismo en su versión más nítida y radical que se ha ido manifestando en ejemplos y actitudes concretas entre las que se pueden mencionar, desde la óptica europea, las siguientes: la decisión no sólo de no ratificar sino de retirar su firma del Tratado del Tribunal de Justicia Internacional; la amenaza de retirar sus fuerzas militares de Europa y otras partes del mundo salvo que se garantice su absoluta inmunidad; la negativa dura y pura a firmar un convenio internacional contra la tortura; la resistencia a condicionar sus planes de invadir a Irak a la consulta con países aliados o las Naciones Unidas o al apoyo de su propio Congreso; unas actuaciones claramente contrarias a las que se proponen desde Europa, -y sobre todo profundamente sectarias a favor de Israel-, que están llevando la crisis de Oriente Medio a sus niveles más altos y peligrosos; una política ecologista gravemente condicionada y limitada por intereses económicos y empresariales que ha vuelto a ser denunciada y hasta abucheada en la Cumbre de la Tierra en Johannesburgo; y por fin las decisiones proteccionistas en política económica, especialmente, pero no exclusivamente, en cuanto al acero, el sector textil y varios productos agrícolas.

Las elecciones legislativas americanas han confirmado que esta es la línea que quiere seguir el país. Es la ratificación de una política que con todos sus riesgos asumió el

presidente Bush a pesar de que algunos estrategas le pedían más moderación y más concesiones. Se ha confirmado que mantener posiciones de fuerza y firmeza en tiempos de inestabilidad e inseguridad puede y suele ser más rentable para el poder que para la oposición. Los atentados terroristas en Bali y en el teatro Dubrovka de Moscú (e incluso el triunfo en Turquía de los islamistas) han recrudecido la sensibilidad que generó el 11/S y que aún se mantiene viva y profunda en la sociedad americana, una sociedad que acepta la alta probabilidad de nuevos ataques del "eje del mal" en su propio territorio.

La sociedad americana es, en efecto, una sociedad que se siente gravemente amenazada pero es todo menos una sociedad débil. Conoce su fuerza y sus posibilidades. Ha vivido el fracaso del marxismo; ha visto la decadencia de un poder como el japonés que hace pocos años parecía irresistible e imparable; vive continuamente las debilidades estructurales y operativas de una Europa que sólo tiene una cosa única: la moneda; goza a fondo con su superioridad militar, económica, tecnológica, científica, cultural y lingüística, entre otras muchas superioridades; sabe, en definitiva, que puede imponer sus reglas de juego porque son las mejores. Como ya he dicho, en varias ocasiones, su mensaje actual es muy claro: "Nosotros sabemos y decidimos lo que hay que hacer y así mismo cómo y cuándo hay que hacerlo y quienes no estén de una forma clara e inequívoca con nosotros, deben saber que estarán contra nosotros y tendrán que afrontar las consecuencias". No se trata de un ejercicio de simplificación. El mensaje es exactamente ese. Nos guste o no -y la verdad es que no nos gusta mucho- tenemos que entenderlo con claridad y establecer la estrategia adecuada que debe tener como línea maestra la de superar la pobreza, cortedad e insuficiencia del diálogo actual entre Europa y los EE.UU. Poco vamos a lograr reiterando "oportune et inoportune" los argumentos ya conocidos sobre la prepotencia y hasta la "chulería" americana de un lado y de otro, la impotencia europea para generar una política exterior mínimamente común y asumir los costes reales de defensa. El eje atlántico -ese tiene que ser el objetivo único- tiene que funcionar bien. El liderazgo americano debe ser reconocido y apoyado por Europa. No podemos seguir denigrándolo y acosándolo en todo momento. Debemos confiar en la calidad ética y democrática de un país que tiene además la sociedad civil más potente del mundo y una magnífica capacidad -que en Europa está bajo mínimos- para la autocrítica y la regeneración.

Una vez asumido el liderazgo americano y una vez aceptado que -al menos por el momento- va a ser imposible compartirlo, Europa tendrá que dedicarse, a sensibilizarlo, a evitar que se ejerza con abuso sin tino. Esa es la tarea -tan compleja como apasionante- en la que podemos alcanzar niveles de excelencia. Esa es la tarea que habremos de cumplir en una época en la que la crisis económica puede facilitar el nacimiento de fuertes tentaciones aislacionistas e insolidarias. Esa es la tarea que le pide a Europa un mundo pobre que reclama -a voz en grito- una globalización justa que sólo los ricos pueden producir si operan con solidaridad y de común acuerdo. Enhorabuena Sr. Bush. Ya puede hacer prácticamente lo que quiera, pero mire Vd., la historia es una cosa muy larga y muy cambiante. Los europeos sabemos mucho de eso y nos gustaría ayudarle a entender y hacer bien las cosas.